

The background of the cover is a collage of historical maps and globes, rendered in a warm, golden-brown color palette. The maps are partially overlapping and show various geographical features and grid lines. The overall aesthetic is that of an antique or historical document.

RETALES DEL PASADO

ANTOLOGÍA DE
RELATOS HISTÓRICOS

FRANCISCO NARLA · JAVIER NEGRETE · NEREA RIESCO
CARLOS AURENSANZ · MARÍA PILAR QUERALT DEL HIERRO
MAGDALENA LASALA · CARLA MONTERO · OLALLA GARCÍA
TEO PALACIOS · SEBASTIÁN ROA · JOSÉ DE CORA
MADO MARTÍNEZ · RICARD IBÁÑEZ · RAMÓN MUÑOZ
MANUEL SÁNCHEZ-SEVILLA · MIGUEL ACEYTUNO
JAVIER PELLICER · CAROLINA MOLINA · CONCEPCIÓN PEREA

Diecinueve relatos históricos que abarcan diversos momentos y lugares. Un recorrido de miles de años de la mano de novelistas con reconocida trayectoria en el género.

Pedazos de historia y de ficción que, unidos en el presente, conforman un telar multicolor en el que rigor y dramatismo se combinan para recordarnos lo que fuimos. Lo que somos. Lo que podemos ser.

Líderes imbatidos que pretenden domar la naturaleza, marinos mercantes en tiempos de guerra, frailes rebeldes que buscan la luz en la oscuridad, caudillos íberos en lucha contra el invasor, víctimas del terror revolucionario, usureros medievales que encuentran la horma de su zapato, archiveiros al rescate del pasado, genios renacentistas, aristócratas persas, pilotos de caza, califas cordobeses, titanes asiáticos, judíos sevillanos, poetisas de Lesbos, princesas egipcias, esclavas capaces de atemorizar a los poderosos, damas que luchan por el voto femenino, que conquistan territorios exóticos o se alzan contra los viejos cánones.

Índice

César y la nereida. Javier Negrete

La hermosa hembra. Teo Palacios

El hachib. Carlos Aurenanz

De ser capitán. Miguel Aceytuno Comas

Tardes de café vienés. Nerea Riesco

El camino del sol. Carolina Molina

María de Estrada, la conquistadora de México. Ricard Ibáñez

El retrato del general. María Pilar Queralt del Hierro

Régulo. Javier Pellicer

El sótano del avaro judío. Manuel Sánchez-Sevilla

La sombra de nadie. Mado Martínez

La Tempestad. Carla Montero

Partida de caza. Olalla García

El hombre más fuerte del mundo. Ramón Muñoz

Los muros de la reforma. Concepción Perea

Dos nombres de mujer. Sebastián Roa

El acantilado de la luz. Magdalena Lasala

Los húmedos infiernos de Bicêtre. José de Cora

El legajo. Francisco Narla

Autores

Notas

César y la nereida

Javier Negrete

«Unos pocos días antes, [Julio César] supo que los caballos que había consagrado a los dioses antes de pasar el Rubicán, y que pastaban sin amo, se negaban a comer y derramaban lágrimas. Después, mientras hacía un sacrificio, el arúspice Espurina le advirtió de que tuviese cuidado con el peligro que le amenazaba para los idus de marzo. [...] Llevado por estos presagios, César decidió no asistir a la reunión del senado. Dos días después, debido a la indiscreción de la mujer de Tulio Cimber, se descubrió la conjura contra su vida [...].

Tras salvarse de la conspiración, César sintió que ya no había límites a lo que podía hacer y se embarcó en la mayor conquista emprendida por ningún general. Pues no se propuso someter a adversarios humanos, sino a la misma naturaleza. En aquel proyecto utilizó a más de dos millones de hombres, que levantaron enormes diques en las columnas de Hércules y también entre Sicilia y la costa de Cartago. De esta manera convirtió el Mediterráneo en un vasto lago interior y unió Europa y África. Combinando los nombres del titán Atlas, cuyas montañas se alzan en el occidente de África, y de Europa, César siguió la sugerencia de su jefe de ingenieros, Tito Sorgelio, y llamó al nuevo continente "Atlantropa"».

Extracto de la *Vida de julio César*, de Cayo Suetonio Tranquilo

Llevaron a la mujer-pep ante el dictador cuando sus quince legiones acababan de acampar en la isla Cesarina, construida sobre la vía Julia, a medio camino entre Sicilia y la costa de Cartago. El sol empezaba a declinar camino de su lecho, más allá de las columnas de Hércules, el estrecho que antaño había separado Europa de África.

Como dictador perpetuo, César tenía derecho a veinticuatro guardaespaldas, los lictores. Doce de ellos venían empujando una enorme bañera de terracota que rodaba sobre una plataforma de madera. César había dispuesto que la entrevista se celebrara en su tienda, por lo que solo se encontraban con él cuatro guardias germanos, su sobrino-nieto Octavio y Espurina, el anciano arúspice que veinte años antes le había advertido del peligro de los idus de marzo.

Los lictores detuvieron la plataforma sobre la alfombra púrpura que cubría el suelo de la tienda. César se levantó de la silla curul con cierto esfuerzo. Antes, cuando gobernaba la Galia, podía incorporarse usando tan solo las piernas. Ahora necesitaba impulsarse también con los brazos, aunque su movimiento parecía mucho más flexible de lo que cualquiera habría esperado de un hombre de setenta y seis años.

Dentro de la gran bañera, la mujer-pep estaba enroscada sobre sí misma con los ojos cerrados y cubriéndose el pecho con los brazos. Pero debió de captar la sombra de César, porque se enderezó y, agarrándose a los bordes de la bañera, sacó del agua el torso desnudo sin pudor.

—¿Qué eres? —preguntó César en griego. Según el capitán de la galera a la que se había acercado aquella criatura, la mujer-pep únicamente respondía a la lengua helena.

—*Quién soy* —contestó ella—. Soy Ifianasa, hija del Anciano del Mar.

«Hija de Nereo», pensó César. Una nereida, por tanto. Pese a su cargo de pontífice máximo, César siempre había sido escéptico sobre la existencia de seres sobrenaturales. Pero desde que su vasto proyecto empezó a desecar el Mediterráneo, en las lagunas que quedaban aisladas del resto del mar y que poco a poco se convertían en charcas habían aparecido, entre peces, pulpos y cetáceos, otras criaturas que los filósofos consideraban imposibles y relegaban al país de los mitos.

Como aquella nereida. Su piel relucía con el frío brillo interior del alabastro, sus ojos eran de un color violeta imposible, sus cabellos verdes como algas. Resultaba difícil apartar la mirada de sus pechos perfectos, que no se molestaba en cubrir. Pero lo que más llamaba la atención era la larga cola rematada por una gran aleta caudal. Las escamas que la cubrían destellaban talladas en nácar.

—¿Qué tienes que decirme, Ifianasa? —preguntó César.

—Traigo un mensaje del gran rey —respondió ella. Su voz sonaba extraña, metálica, quizá porque parte del aire brotaba por las agallas que se abrían bajo sus puntiagudas orejas.

—¿A qué gran rey te refieres?

—A Poseidón, señor de las aguas saladas. ¿A quién sino?

Aunque César aceptaba la existencia de lo numinoso, de poderes abstractos que velaban por las leyes de la naturaleza, le costaba creer que en el fondo del mar morara realmente un dios barbudo armado con un tridente. Sin embargo, ahora, al verse ante aquella criatura imposible, no le quedaba más remedio que pensar de otra forma.

—¿Cuál es el mensaje de tu rey? —preguntó a la nereida.

—Que abandones esta locura.

—¿Cómo te atreves a dirigirte así al dictador? —dijo Octavio con voz engolada.

César le hizo un gesto para que se callara y preguntó:

—¿A qué te refieres, Ifianasa?

—Tú lo sabes bien. Estás matando el mar —dijo ella, clavándole aquellos ojos de amatista.

César miró a su izquierda. El faldón de la tienda estaba abierto para que corriera la brisa. Por el hueco se podía ver el pretil del gigantesco dique que partía el Mediterráneo en dos y sobre el que discurría la vía Julia, uniendo las ciudades de Roma y Cartago, antaño enemigas. Al igual que las cinco presas que cerraban las columnas de Hércules, era una obra ciclópea, o más bien propia de los Titanes que gobernaron el mundo en el albor de los tiempos.

—No lo estoy matando —respondió César, volviendo a mirar a la nereida—. Solo lo estoy volviendo más manejable, y conquistando nuevos terrenos para alimentar millones de bocas.

Al represar el mar, el nivel de las aguas había bajado trescientos pies en el Mediterráneo occidental y casi setecientos en el oriental. Gracias a eso, las Baleares se habían fundido en una sola isla, igual que Córcega y Cerdeña. En cuanto al Adriático, había desaparecido, y ahora Italia y Grecia estaban unidas por la vasta región del *Picenum Novum*, en la que César había instalado a dos millones de colonos. Sí, los habitantes de antiguos puertos como Masilia, Ostia, Siracusa, Atenas, Tiro o Alejandría estaban resentidos, pues ahora vivían tierra adentro y se habían empobrecido. Pero con el tiempo serían muchos más los beneficiados que los damnificados.

—Por esos millones de bocas humanas estás aniquilando a miles de millones de criaturas marinas —dijo la nereida.

—No se obtienen beneficios sin hacer sacrificios —replió César—. Además, ahora viajo con mis hombres para ex-

cavar un gran canal que irá del Mediterráneo al interior del desierto líbico y creará un nuevo mar en sus arenas.

—¡Un nuevo mar! —repitió Ifianasa en tono de desdén.

—Sí, un mar interior en cuyas orillas las dunas flameantes se convertirán en un vergel. Allí, donde ahora no moran más que serpientes, podrán nadar las criaturas marinas que tanto te preocupan.

—Ni los Titanes eran tan soberbios como tú, mortal.

Los ojos de la nereida tenían fascinado a César. Era la suya una belleza inhumana, tan remota e inalcanzable como el sol al amanecer, que nunca se acerca ni un ápice por más que uno viaje hacia el este. Él lo sabía bien, porque en su campaña contra los partos había llegado tan lejos como Alejandro. El país del sol, como la isla de los sueños, siempre se encontraba más allá, detrás del próximo horizonte.

Por un instante le invadieron deseos de someter a esa criatura, de rendirla entre sus brazos del mismo modo que había rendido a los elementos. Pero, aunque ella debía de haber nacido cientos o miles de años antes que él, la idea hizo que de pronto César se sintiera tan viejo y cansado como Titono, el infortunado al que la aurora Eos concedió la inmortalidad olvidando añadirle el don de la eterna juventud.

—Estás loco, humano. Apenas te debe de quedar una década de vida y te atreves a cambiar lo que tardó millones de años en formarse. ¿Pretendes ser un dios?

César sonrió.

—Como tal me rinden culto en decenas de santuarios en Hispania y la Galia, en Grecia y Asia Menor, en Siria e incluso en Egipto.

—No eres más que un mortal.

—Pero dejaré una huella que perdurará eras.

—¡Una huella de devastación! Ni siquiera alcanzas a comprender las fuerzas que has desencadenado.

—Claro que las comprendo.

—¡Iluso! Las aguas del mar que has encerrado se envenenan día a día con la sal. Los peces y las plantas perecen en masa. Pronto navegarás por un gigantesco mar muerto, una vasta salmuera estéril.

—Si así ha de ser, que sea. Traeremos el pescado a Roma desde el Atlántico y del Indico. Los nuevos campos de cereales compensarán por el alimento perdido.

—¿Es así como ves nuestro reino? ¿Solo como alimento?

César se encogió de hombros.

—¿Te niegas a abrir el mar de nuevo, así pues? —preguntó la nereida.

—No he construido algo mayor que las siete maravillas del mundo juntas para destruirlo ahora.

—Así sea, mortal. Devuélveme al mar para que lleve mi mensaje.

César hizo un gesto a sus lictores. Estos sacaron de la tienda la bañera y la empujaron hasta el borde del dique. César los siguió con la intención de ordenarles que la bajarán con cuerdas, pues había una caída de treinta metros hasta el agua.

Pero la nereida dio un fortísimo coletazo y saltó fuera de la bañera. Su cabello verde se sacudió como un látigo y durante un instante las escamas de su cola brillaron como bronce líquido contra el sol del atardecer. Después juntó los brazos, giró en el aire y cayó, recta como una flecha, hasta hundirse en el agua.

El cuerpo de Ifianasa se iluminó bajo la superficie como una gran luciérnaga marina. Junto a ella no tardaron en aparecer cinco, diez, veinte luces más, todas ellas buceando veloces hacia aguas abiertas. Tal vez a una milla de distancia, allí donde confluían las nereidas, las aguas se abrieron y de ellas surgió una gigantesca cabeza semihumana, rodeada por una barba verde que flotaba a su alrededor como una gran masa de algas. La criatura se llevó a la boca

una caracola que debía de ser tan grande como un caballo y sopló.

—¡El cuerno de Proteo! —exclamó el arúspice.

La nota sonó profunda y larga, y despertó ecos en la lejanía, como si decenas de caracolas más soplaran sobre las olas.

—¿Qué va a ocurrir? —preguntó Octavio.

—Nada bueno —respondió el arúspice.

—Tranquilos. —César apoyó las manos sobre el pretil de granito que delimitaba la vía Julia para evitar que nadie cayera por el borde del dique—. Esta obra está hecha para resistir cualquier cosa. ¡Ni los mismos dioses pueden derribarla!

Mientras tanto, Ifianasa, coleando bajo el agua, murmuró:

—Te lo advertí, César, y no has querido escucharme.

»En el pasado, el padre Urano y la madre Gea dejaron su lugar a los Titanes, y cuando estos decayeron los sucedieron los Olímpicos. Pero incluso el tiempo de los grandes dioses se agota. Aunque no mueren como las criaturas normales, su vitalidad se consume poco a poco, hasta que sus pensamientos y movimientos se vuelven tan lentos que no se distinguen del pausado palpitar de la Tierra, y ellos mismos se funden con ella y se convierten en piedra.

»Sin embargo, tú has conseguido lo impensable, César. Tu temeridad y tu soberbia han conseguido despertar de su letargo al mismísimo Poseidón, el que sacude la tierra.

»¿Crees que ni las divinidades pueden derribar tus murallas de hormigón? En este mismo momento, el dios del mar se está desperezando y estira su mano pétreo para aferrar el tridente que forjaron para él los Cíclopes usando el metal caído del cielo y templándolo con la sangre de Urano.

»Y ahora Poseidón golpea.

»¡Ah, ya veo cómo las púas del tridente se hunden en el lecho marino! El impacto es tan fuerte que la propia Gea se

estremece. El fondo marino vibra como un tambor. Su vibración pone en marcha inmensas masas líquidas y levanta muros de agua que se dirigen a velocidades inconcebibles hacia el este y el oeste. Esa ola gigantesca y letal, sólida como hierro fundido, llegará a las columnas de Hércules en menos de una hora. Pero, incluso antes de eso, su hermana gemela alcanzará el dique de tu vía Julia.

»Tu tiempo se acaba, mortal. Y el de tu obra también.

Aunque eso significara, pensó con tristeza la nereida, el fin de su propia y larga existencia.

Las manos de César se engarfiaron sobre el pretil. Si su cuerpo hubiese tenido tanto poder como su mente, sus dedos habrían desmenuzado el granito como si fuera un terrón.

—¿Qué es eso que viene por ahí, César? —preguntó Octavio.

Teñida de oro por el crepúsculo, una pared líquida que abarcaba de horizonte a horizonte se precipitaba hacia ellos cabalgando las olas.

—¡Es la furia de Neptuno! —exclamó el arúspice.

Los lictores, olvidando su deber sagrado de proteger al dictador, corrieron hacia el otro extremo del dique. No fueron los únicos. Todos los demás huyeron, como si eso pudiera salvarlos en caso de que la estructura cediera.

Todos salvo César. Con los nudillos blancos y los labios apretados, el hombre que había cruzado los Alpes en invierno, que había uncido el Rin y el canal de la Mancha y trepado a las cumbres nevadas del Paropamisio siguiendo las huellas de Alejandro, el mismo que había unido Europa y Libia en aquel sueño de Atlantropa, murmuró:

—Aguantará. El dique aguantará.

«Mientras el ejército de Julio César atravesaba la vía Julia, un gran terremoto se hizo sentir en el mar. El seísmo fue tan violento y provocó olas tan colosales que destrocó los di-

ques que el dictador había hecho construir con tanto esfuerzo en las columnas de Hércules y entre Sicilia y Cartago. Las aguas del océano volvieron a penetrar entre Hispania y África con tal ímpetu que no solo alcanzaron de nuevo ciudades que habían quedado alejadas de la costa como Cartago, Masilla, Neápolis o Siracusa, sino que las arrasaron. Millones de personas murieron ahogadas en ellas y también en Picenum Novum, aquel país que solo había existido durante cinco años.

»Por supuesto, las legiones de César desaparecieron engullidas por el agua junto con él y su heredero, Octavio. Muerto el dictador, el senado de Roma decidió borrar su nombre de todos los monumentos de Italia y las provincias y abolir su culto, ya que se había atrevido a blasfemar contra la propia naturaleza. Para congraciarse de nuevo con los dioses, se decretó un año entero de sacrificios y rituales de expiación. El único recuerdo que quedó del sueño enloquecido del dictador fue un peñasco entre Sicilia y Cartago, los restos de la isla Cesarina».

Extracto de la *Vida de Julio César*, de Cayo Suetonio
Tranquilo

La hermosa hembra

Teo Palacios

—Miguel, aseguraos de que se inspeccionen de nuevo los servicios de agua, las últimas lluvias han hecho estragos. ¡Y por Dios!, haced que entren en razón los vendedores de pescado que vienen de Galicia. Hace años que mi padre estableció que debían colocar sus puestos en la plaza de San Francisco, no en la calle de Gallegos, ni en ningún otro lugar. Haced uso de la fuerza... pero solo en última instancia —señaló con un dedo, sabiendo la facilidad con la que el alguacil tiraba de hierros.

—Así se hará, donjuán.

Miguel inclinó la cabeza y dio unos pasos hacia atrás. A punto estaba de darse la vuelta y salir de la estancia cuando el señor volvió a hablar.

—Una cosa más... —La frase murió en los labios de don Juan, que pareció tragar saliva con dificultad—. Hay algo... ¿Os habéis enterado de la muerte de la *Hermosa Hembra*?

Miguel pensó un instante y al momento asintió al tiempo que fruncía el ceño.

—Así es. Aunque hace mucho que nadie la llamaba así, si es que os referís a quien pienso.

—No ha habido otra mujer en toda Sevilla a la que hubieran puesto ese nombre. Sabéis, pues, que murió hace un par de días. —Miguel asintió de nuevo—. ¿Y sabéis también cuál fue su última voluntad? —Un nuevo asentimiento por parte del alguacil, que parecía haber perdido el habla

—. Bien. Quiero que os acerquéis a la judería y comprobéis que se hizo todo tal como ella deseaba.

Miguel inclinó la cabeza en señal de conformidad, ocultando su extrañeza, y un momento después las gruesas botas arrancaban ecos en las paredes del alcázar mientras se alejaba. Hacía años que el palacio estaba bajo el mando de un Merlo, igual que el castillo de Triana. Diego, el padre de donjuán, fue el primero en gobernarlos. Tras su muerte, esa potestad pasó a su hijo, así como el puesto de asistente de Sevilla, la tenencia de las atarazanas y otros muchos cargos. Los Merlo eran sinónimo de poder en la ciudad del Guadalquivir, que comenzaba a ver cómo el comercio con las Indias la hacía florecer.

Cuando los pasos del alguacil y sus acompañantes enmudecieron, don Juan regresó a su asiento y se frotó la frente pensando en pedir un remedio a los físicos para aliviar su dolor de cabeza. Cerró los ojos y debió de quedarse dormido, pues se sobresaltó al notar un repentino tirón de la manga. Junto a él estaba su nieto de poco más de diez años, con la cabeza cubierta de rizos ambarinos y los ojos negros; la mirada más limpia que don Juan había visto nunca. Los labios se le curvaron en una mueca de felicidad, como siempre que lo veía.

—Hola, Pedro. ¿Qué haces tú aquí? ¿No deberías estar con Manuela?

El niño negro con vehemencia y habló con una vocecilla aguda.

—Quería que la acompañara al mercado, pero yo prefería venir a veros. Cuando sale a comprar siempre se pone a mirar telas y a perder el tiempo visitando todos los puestos. ¡Es aburrido!

Lejos de lloriquear, el chiquillo tenía una expresión de honroso enojo, con el mentón adelantado y los labios apretados.

—Ya veo —contestó su abuelo ahogando una sonrisa—. ¿Y por qué has venido a buscarme?